

CAPÍTULO XIII

ASUNTOS ECLESIASTICOS.—GRAN CISMA.—CONCILIOS DE CONSTANZA Y DE BASILEA.

Hemos visto á los papas persuadirse de que habian asegurado la independencia de Italia, obteniendo de Roberto de Habsburgo que renunciara á las pretensiones alegadas por los emperadores á muchos territorios; y luego entregarse con Nicolás III á una política miserable y vacilante, quien no veía nada más allá de la utilidad instantánea; y por último ser humillados en la persona de Bonifacio VIII. Desde este momento decrece la gran representacion pontificia aun antes de que la reforma llegue á descargarle el último golpe. Con sobrado motivo llamaron los italianos á la traslacion de la sede apostólica á Aviñon el cautiverio de Babilonia; pues aunque continuaban los papas ejerciendo su supremacia sobre los reyes distantes, dejaban que se columbrasen las flores de lis por detrás de su manto, con grave detrimento de la completa libertad que reclama la Iglesia.

Clemente V se mostró vacilante respecto del rey de Francia (1303-14), al mismo tiempo que acreditaba respecto de Enrique VII la energia de sus antecesores, proclamando á la Santa Sede superior al Imperio y amenazándole con escomulgarle si ponía el pié en el territorio napolitano. Escomulgó igualmente á los jefes de la república de Venecia, porque habian comprado á Ferrara, dominio directo de la Santa Sede, y declaró á los venecianos infames hasta la cuarta generacion, prohibiendo todo tráfico con ellos, publicando en contra suya una cruzada, é invitando á sus vecinos á invadir su territorio. Muchos príncipes se aprovecharon de esta coyuntura para saciar su envidiosa codicia, despojando y hasta dando muerte á los venecianos, quienes no obtuvieron la absolucion sino después de que la ciudad, cuya posesion les era disputada, fué recobrada á viva fuerza.

A Clemente V sucedió después de una gran oposicion Jacobo de Euse, natural de Cahors (1316), quien bajo el nombre de Juan XXII, tuvo prolon-

gadas disensiones con Luis de Baviera. Este pontífice empeñó otras disputas con los franciscanos, quienes sostenian contra los dominicos, que Cristo y sus discípulos no habian poseido cosa alguna como individuos ni como Iglesia. Es extraño ver á los papas colmados de riquezas, condenar á gentes que reclamaban el derecho de ser pobres. Era natural que la causa de los frailes menores llegara á ser popular y quitara crédito al papa, contra el cual publicaba el emperador violentos escritos y hallaba apoyo, no sólo en los franciscanos, sino tambien en muchos doctores que se habian dedicado á escudriñar las bases de la supremacia papal, la cual mirándose como separada de la causa de la Iglesia, no era ya defendida por todos los pensadores graves y piadosos. Dos profesores de la universidad de Paris, Marsilio de Mainardin, paduano, y Juan de Jandun, de Champaña, habian tratado de persuadir al emperador de que le correspondia reformar los abusos de la Iglesia en atencion á que estaba sometida al Imperio; y publicaron en union de Ubertino de Casal, el *Defensor pacis*, donde es singular encontrar ya el sistema de Calvino, concerniente á la autoridad y á la constitucion de la Iglesia. Segun el *Defensor*, toda potestad legislativa y ejecutiva se funda en el pueblo, quien la ha trasmitido al clero: después fueron inventados los grados de la gerarquia, á la par que en el origen eran iguales los sacerdotes y los obispos: pues como son instituidos por la comunidad, su autoridad puede ser revocada. No consistiendo la primacia más que en convocar los concilios ecuménicos y en dirigirlos, no fué conferida al obispo de Roma sino con la autorizacion de uno de los concilios y del legislador supremo, es decir, de todos los fieles, ó del pueblo que los representa: los bienes de la Iglesia pertenecen al emperador, quien puede disponer de ellos como de los suyos propios.

El célebre inglés Guillermo de Occam no llegó tan lejos (1280-1343), si bien se aproximaba á Dante en la idea de la monarquia, considerándola como derivada de la autoridad de los antiguos emperadores, quienes la tenian directamente de Dios. Apartándose después de la historia y de la constitucion existente para favorecer á Luis de Baviera, á quien habia demandado asilo, sostenia que eran indivisibles las dignidades de emperador y rey de romanos; y que de consiguiente bastaba la eleccion sin que la coronacion fuera necesaria. Negaba la infalibilidad, no solo del papa, sino tambien de concilios universales y del clero, pretendiendo que los seglares en cuerpo podian fallar definitivamente; que en caso de que la necesidad lo exigiese se podia emplear la fuerza contra el papa, ó establecer varios, independientes uno de otro.

Estas doctrinas debian ser el germen de las disensiones futuras; entretanto Luis se apoyó en ellas para hacer deponer á Juan XXII en Roma, y sustituirle con Pedro de Corbières (1328); del Abruzzo, quien tomó el nombre de Nicolás V; pero á la caida del emperador el antipapa fué entregado al pontífice por los pisanos. En medio de semejantes animosidades, ¿cómo se puede averiguar todo lo que hay de verdad en las acusaciones de simonia y de avaricia dirigidas contra Juan? Cuéntase que siempre tenia cuidado de nombrar para las dignidades un prelado de la orden inmediatamente inferior, en atencion á que se proporcionaba así una escala de vacantes provechosas á la cámara apostólica. Tambien determinó la tarifa de lo que se debia pagar por las dispensas y por los demás asuntos, y á su muerte se hallaron en sus arcas diez y ocho millones de florines de oro. Fué acusado de herejía no sólo por su querrela con los frailes menores, sino tambien por haber dicho, predicando, que la recompensa de los santos, antes de la venida de Cristo, habia sido en el seno de Abraham: que desde esta época hasta el dia del juicio estaban debajo del altar de Dios, es decir, bajo la proteccion y el consuelo de la humanidad de Cristo: de donde resulta que los apóstoles, los ángeles y Maria suspiran por el momento en que les sea dado disfrutar de la vision beatífica de la Divinidad tal como es en sí misma; pero sus deseos no estarán satisfechos hasta después del juicio cuando sean colocados sobre el altar, es decir, sobre la Humanidad Divina.

Esta opinion fué vivamente censurada por sus enemigos, especialmente por Miguel de Cesena y por Occam, á quien habia disgustado el papa en la cuestion relativa á la pobreza: no por eso dejó de hacerla sostener públicamente y castigó á los que pensaban de otro modo, aunque la facultad teológica de Paris se pronunció en un sentido contrario; pero se retractó antes de su muerte. Poseemos una carta suya en que recomienda á Felipe que no se distrajera durante la misa segun lo tenia de costumbre, que llevarse un vestido largo y no perdiése el domingo en adornarse.

Tuvo por sucesor á Jacobo Fournier, de Saverdun (1334), bajo el nombre de Benedicto XII, no menos humilde que piadoso y sábio, el cual dijo á los cardenales: *Habéis elegido al mas ignorante de todos vosotros*. Aplicándose á remediar en parte los abusos del reinado precedente, desembarazó á la corte pontificia de una multitud de gentes dotadas de beneficios sin obligacion ninguna y corrigió muchos abusos. Economizó, si bien no para enriquecerse á sí mismo ó á los suyos, pues hasta quiso que sus deudos no salieran de su condicion humilde; se hubiera reconciliado con Luis de Baviera, si el rey de Francia no lo hubiera estorbado, como le impidió tambien restituir, segun su deseo, la Santa Sede á Italia.

Pedro Roger, de Limoges, elegido en seguida con el nombre de Clemente VI, prometió mercedes á todos los clérigos pobres que se le presentaran en el término de dos meses. Acudieron cien mil á este llamamiento, y tuvo para todos echando mano de los ahorros, y de los numerosos beneficios que su antecesor habia dejado vacantes, diciendo: *Vale más que estén vacantes que mal desempeñados*. Mateo Villani habla en estos términos de Clemente VI: «Tuvo montada régicamente su casa con una mesa en que se servian esquisitos manjares; otras en gran número para los caballeros y para los escuderos, con muchos caballos en sus caballerizas. Cabalgaba á menudo por recreo, y mantenía á sus espensas una numerosa comitiva de caballeros y de escuderos. Se complacia estremadamente en hacer á sus deudos grandes personajes, y les compró grandes baronias en Francia. Llenó la Iglesia de muchos cardenales de su familia, y los hizo tan jóvenes y de tan deshonesto vida, que hicieron muchas cosas abominables: hizo tambien á instancia del rey de Francia cardenales á otros, entre los cuales los habia jóvenes en demasia. En este tiempo no se atendia mucho á la virtud y á la ciencia, bastaba saciar el afan del capelo rojo. Fué un hombre de saber conveniente, muy caballeresco, poco religioso. Siendo arzobispo, no se habia abstenido de las mujeres; en esto habia procedido con más desenvoltura que los jóvenes señores seculares. Luego no supo contenerse ni ocultarse más que antes, porque las damas de categoria iban á sus aposentos como los prelados; y entre otras una condesa de Turena era tan de su gusto, que por su conducto hacia gran parte de sus mercedes. Cuando estaba enfermo las damas le servian y le cuidaban, como parientes cercanos lo hacen con los seglares. Distribuyó con pródiga mano el tesoro de la Iglesia.» Su rigor contra Luis de Baviera podria parecer constancia; pero como le era impuesto, se debe calificar de debilidad. En otro lugar veremos los males de la Italia abandonada, y los miserables remedios empleados para conjurarlos. A este pontífice cedió Juana de Nápoles la ciudad y el territorio de Aviñon.

Inocencio VI (Esteban Aubert) que le sucedió (1352), aspiró á establecer el poder pontificio

en Italia, moderó el lujo de su corte y de los preladados, espulsó á los parásitos y á las mujeres de mala vida que traficaban escandalosamente en Aviñon. Después de haber enriquecido á sus sobrinos, dejó la tiara á Guillermo Grimoald, de Beauvais (1362), pontífice ilustrado y buen cristiano, quien tomó el nombre de Urbano V. Este resolvió trasladar la silla pontificia á Roma, y quitar á los obispos toda escusa para dejar huérfanas sus iglesias, sustrayéndose al mismo tiempo personalmente á la obligación de condescender á las exigencias creciente del rey de Francia y á las de las bandas de rateros que de vez en cuando llegaban á imponerle rescates (1367). De consiguiente fué acogido en Roma como un salvador en medio de fiestas indecibles. Allí recibió al emperador de Oriente, que había llegado para abjurar del cisma, y al mismo tiempo Carlos IV, emperador de Occidente, llevaba de la brida el caballo del pontífice en una procesion, que recordando los tiempos pasados, hacia conocer mejor cuanto habían cambiado. Pero fueran cualesquiera los motivos, se encadenó cada vez más nombrando de continuo cardenales franceses; y á pesar de las exhortaciones de Petrarca, á pesar de las amenazas de santa Brígida (1), volvió á Provenza donde murió (1370).

El poder pontificio, estenso en el nombre, era de hecho muy corto en Italia. Querian gobernarse los romanos á su albedrío: los vicarios pontificios habían disgustado á los súbditos por su rapacidad, hasta el punto de que á sugestion de los florentinos, ochenta ciudades del Estado eclesiástico se sublevaron, como Bolonia, al mismo tiempo que Bernabé Visconti volvió á tomar las armas (2).

(1) Brígida, nacida en 1302 de una familia noble de Suecia, se casó á la edad de trece años con el joven Wulfon y tuvo ocho hijos; después de lo cual ambos hicieron voto de continencia. Se dirigian en peregrinacion á Santiago de Galicia cuando murió el marido, lo cual fué para ella un motivo de duplicar su piedad y limosnas. El rey de Suecia le dió un terreno en Wadstena, diócesis de Lincolping, donde construyó un convento, cuya regla decia que le había sido dictada por Cristo, y dió nacimiento á una órden llamada por este motivo de San Salvador. A cada monasterio de sesenta religiosas había agregado uno de trece monjes sacerdotes, con cuatro diáconos y ocho legos. Brígida fué á reclamar del papa la confirmacion de su regla en Montefiascone, en 1370, y la obtuvo. Le anunció que la Virgen Santa le había revelado que si abandonaba la Italia, le acontecerian desgracias y moriria de repente: no fué oída y se cumplió su amenaza. En seguida hizo una peregrinacion á Tierra Santa, luego murió en Roma á su regreso en 1373.

(2) BALUZIUS.—*Vita pap. avinionensium*, Paris, 1693. THEODORICA NIEM.—*Libri IV de Schismate*. Argentorati, 1609. Murió en 1419 y fué secretario del papa.

COLUCCI PIERII SALUTATI.—*Epistolæ*. Florencia, 1742. Secretario de Urbano V y Gregorio XI.

L. MAIMBURGO.—*Hist. del gran cisma de Occidente*. Paris, 1679.

PEDRO DE PUY.—*Hist. general del cisma de los papas*. Paris, 1685.

Pedro Roger, sucesor de Urbano bajo el nombre de Gregorio XI, fué modesto, virtuoso, sábio y liberal. Conmovido por los males que veia, por las exhortaciones que le dirigia santa Catalina de Sena, y por las revelaciones que le comunicaba santa Brígida, volvió á Roma, á pesar de la oposicion del rey y de los cardenales, y se estableció en el Vaticano, pero sólo la muerte le impidió tal vez volver á pasar los Alpes. Habia autorizado á los cardenales para elegir el papa á pluralidad de votos (1377), sin esperar á sus hermanos ausentes, abreviando la vacante cuanto fuera posible. Entonces los romanos, temiendo que el nuevo electo volviese á Aviñon, rodearon el cónclave armados y en tumulto, gritando, *¡le queremos romano!* tocando á rebato y amenazando entrar á la fuerza para poner sus cabezas tan rojas como sus capelos, si no era un italiano. Los votos se dieron, pues, á favor de Bartolomé Prignano, de Nápoles, que tomó el nombre de Urbano VI (1378). Era éste un hombre instruido y concienzudo, melancólico y severo acaso más de lo que hubieran deseado los cardenales; así es que no tardaron en protestar contra la eleccion bajo el pretexto de que no había sido libre: y poniéndose bajo la proteccion de Bernardo de Sala, jefe de aventureros gascones y bretones, que hizo una fácil matanza en los romanos, eligieron en Fondi á Roberto de Génova, bajo el nombre de Clemente VII.

Aquí comenzó el gran cisma que durante medio siglo (1378-1429) afligió á la cristiandad y la dividió en dos cuerpos enemigos, dirigiéndose el uno al otro la calumnia y acusándose mutuamente de usurpacion y de herejía. En el tiempo que duró esta deplorable lucha, la Santa Sede perdió el respeto de los fieles, y los príncipes disminuyeron su autoridad. Los sábios la sometieron á una investigacion severa y apasionada. Las sátiras contra el papado, que al principio no eran más que un ejercicio literario que se aplaudia para olvidarlo pronto, adquirieron peso cuando salieron de boca de los mismos pontífices y se dirigieron á aplicaciones inmediatas.

Nicolás de Clemengis, rector de la universidad de Paris, recopiló estas acusaciones, como tambien las quejas generales, y se pronunció en un libro titulado *De corrupto Ecclesie statu*, contra la acumulacion de los beneficios, de los cuales cuatrocientos ó quinientos se encontraba á veces reunidos en una sola mano; criticaba el descuido de los obispos, que á veces no habían visto á sus fieles; la insolente ignorancia, la jurisdiccion tiránica, la impudente corrupcion del clero, la venalidad de los sacramentos. «Si se recuerda al sacerdote, decia lamentándose, la obligacion evangélica de

J. GERSONII, *Tractatus de unitate Ecclesie; De auferibilitate papæ ab Ecclesia*.

CHRISTOPHE.—*Hist. del papado en el siglo XIV*, Paris, 1852.

conferirlos *gratis*, contesta, que él ha comprado, y que por esta razon puede vender.» Estos cargos, de los cuales algunos habia exagerados, otros demasiado verdaderos, eran escuchados y repetidos, sin que aun se pensase, como un siglo después, que no se trataba de reformar la Iglesia sino de destruirla (3).

Si Urbano VI hubiese dado oídos á santa Catalina de Sena, que le escribió ocho cartas, y que por invitacion suya fué á Roma, y hubiese nombrado algunos cardenales cuya virtud y carácter inspirasen temor ó respeto, hubiérase podido hacer desaparecer el cisma al principio. Pero el celo de Urbano disgustó á muchos y quedó rota la unidad cristiana. Urbano fué reconocido en Italia, Alemania, Inglaterra, Dinamarca, Suecia, Polonia y el norte de los Países Bajos; Clemente VII, por la reina de Nápoles, por la Francia, la Escocia, la Saboya, el Portugal, la Lorena y Castilla. Las demás potencias titubeaban (4) y los dos pontífices se escomulgaron. Estableció Clemente VII en Aviñon, multiplicó los cardenales, dió grandes esperanzas, constituyó el Estado pontificio en reino de *Adria* en favor de Luis I de Anjú (5), todo ello para procurarse partidarios y dinero; mientras que

Urbano VI, presa de continuas sospechas, se sostenia con sanguinarios rigores, con tormentos dignos de un tirano, sin consideracion á la dignidad ni á la edad de los preladados y de los cardenales, y acumulaba escomuniones escandalosas, decretos no menos escandalosos, en su propio interés y no en el de la Iglesia.

Después de su muerte (1389), los cardenales de su obediencia eligieron á Bonifacio IX (Pedro de Tomacelli), hombre ignorante y ambicioso: tuvo que ocupar Roma á viva fuerza, como tambien las demás posesiones eclesiásticas que se encontraban destrozadas por las facciones y asoladas por las partidas de aventureros. Por su parte, los cardenales de Clemente VII proclamaron á su muerte á Benedicto XIII (Pedro de Luna), hombre de astuta ambicion (1394). Uno y otro pontífice no se ocupaban desgraciadamente sino de sostenerse á sí mismos y de enriquecer á sus partidarios, mientras que los príncipes, las universidades, los jurisconsultos, los teólogos discutian sobre los medios de restablecer la unidad de la Iglesia. La medida más oportuna hubiera sido reunir un concilio general; pero como hacia siglos que el derecho de convocarlos era considerado como una

(3)

URBANO VI
(Bartolomé Prignano)
elegido el 9 de abril de 1378.
Los cardenales protestan contra él, y le declaran apóstata y anticristo.

BONIFACIO IX
(Pedro Tomacelli)
2 noviembre 1389.

INOCENCIO VII
(Cosme Meliorati)
17 octubre 1404.

GREGORIO XII
(Angel Corrario)
30 noviembre 1406,
depuesto por el concilio de Pisa,
abdica.

MARTINO V
(Oton Colonna)
11 noviembre 1417.
Continua siendo papa, concluyendo el cisma.

(4) ¿Cuál de los dos papas era el verdadero? La Iglesia no lo ha manifestado. San Antonino de Florencia se espresa de esta manera: «Aunque nosotros creamos que así como no hay más que una Iglesia, no hay más que un pastor, cuando ocurre un cisma, no parece necesario creer que uno mejor que otro sea el elegido canónicamente; basta saber que uno solo puede serlo, sin abrogarse el derecho de decidir.»

(5) Nada más extraño que las concesiones que hizo á aquel príncipe, con la esperanza de ser libertado por él de su antagonista: todo el diezmo en Francia y fuera, en Nápoles, Austria, Portugal y Escocia; la mitad de las rentas de Castilla y Aragon, además todas las deudas y atrasos, todo censo de dos años, las herencias de los preladados que fallecian, todos los emolumentos de la cámara apostólica: el papa además debia hacer préstamos por los eclesiásticos, hipotecar al duque, para los gastos que hiciera, Aviñon, el condado Veneciano y otras tierras de la Iglesia; le asignó además, por feudos, Ancona y Benevento, jurando sobre la cruz que cumpliria todo esto.

Papas durante el cisma.

CLEMENTE VII
(Roberto de Ginebra)
21 setiembre 1378.

Elegido por 15 de los 16 cardenales que 5 meses antes habían votado por Urbano VI.

BENEDICTO XIII
(Pedro de Luna)
28 setiembre 1394,
depuesto por el concilio de Pisa,
y después por el de Constanza.

ALEJANDRO V
(Pedro Filargo)
26 junio 1409.

JUAN XXIII
(Baltasar Cossa)
17 mayo 1410.

Depuesto por el concilio de Constanza en 1415; muere en 1419.

CLEMENTE VIII
(Gil Muñoz)
junio 1424,
elegido por dos cardenales; abdicó en 1429.

atribucion de los papas, ¿a cuál de los dos pertenecía? Fué preciso recurrir á los sínodos particulares; el rey de Francia llegó hasta sitiar á Benedicto XIII en el palacio de Aviñon; pero éste consiguió huir de él. La persecucion aumentó el número de sus partidarios; se sostuvo, y contó entre sus adictos, no sólo al piadoso Vicente Ferrer, sino también á las dos antorchas de la universidad de París, el elocuente Nicolás de Clemengis y el canciller Pedro de Ailly. Durante este tiempo se sucedieron en Roma Inocencio VII (1404) y Gregorio XII (1406), ambos declarándose prontos á abdicar, desde el momento en que Pedro de Luna hiciese otro tanto. En fin, los cardenales de los dos papas convinieron en reunirse en concilio en Pisa, intimando á ambos papas acudir á él para abdicar, sin lo cual se procedería contra el que faltase.

Pero si dependia del concilio el deponer al papa, la constitucion de la Iglesia, monárquica secular hacia tantos siglos, ¿no se convertia en republicana? ¿Semejante cambio era oportuno en medio de tan gran desorden? Ninguno de los dos papas tuvo en cuenta la intimacion: Gregorio XII declaró apóstata y blasfemo á los cardenales, y convocó el sínodo de Udina; Benedicto XIII abrió otro en Perpiñan, su residencia; así fué que hubo tres concilios y la cristiandad se encontró dividida entre ellos. No se puede decir cuán trastornada estaba la sociedad: cuando un obispo muere los diversos papas quieren darle sucesor, y la discordia estalla entre los ciudadanos; pretenden poder destronar á los reyes, y dan lugar á guerras intestinas. Nápoles se encuentra disputada entre Luis de Anjú y Carlos de Hungría; la Castilla entre Juan, conde de Leon, y Juan de Gante, duque de Lancaster; la Hungría entre Carlos de la Paz y Maria: no habia una voz que se pudiera alzar lo bastante para imponer la tranquilidad. A pesar de las protestas de ambos pontífices, se presentaron en el concilio de Pisa (1409) veinte y dos cardenales, cuatro patriarcas, veinte y seis arzobispos, ochenta obispos en persona, y ciento dos por representantes; ochenta y siete abades en persona, y doscientos dos por procuradores; cuarenta y un priores, los embajadores y diputados de más de cien metrópolis y catedrales: las universidades de París, Tolosa, Orleans, Angers, Mompeller, Bolonia, Florencia, Viena de Austria, Praga, Colonia, Oxford, Cambridge, Cracovia, enviaron allí trescientos doctores en teología y en derecho canónico.

Juan Gerson, 1363-1429.—En primera línea entre estos últimos, se encontraban Juan Charlier, de Gerson, canciller de la universidad de París, hombre de carácter firme, que habia reprobado el asesinato del duque de Orleans y resistióse á las lisonjas de los príncipes como también á los furros de la muchedumbre. Superior á la mayor parte de las preocupaciones de su época, desaprobó las asociaciones de los disciplinantes, en contra de la opinion de san Vicente Ferrer; sometió á exámen las revelaciones con que muchos de ellos se pre-

tendian favorecidos; trató de separar de la universalidad de su tiempo las discusiones ociosas y las sutilezas escolásticas; combatió la astrologia y el sistema de la union pasiva del alma en el seno de Dios. No se desdénaba de descender de sus elevadas contemplaciones para enseñar el domingo el catecismo á los niños. Habia emitido diferentes opiniones sobre el medio de dar fin al cisma, pidiendo primero la voluntaria abdicacion de Benedicto XIII, después su reconocimiento con ciertas restricciones favorables á la iglesia galicana; y en fin, le pareció luego la fuerza el último recurso. Segun él, los dos papas tenian los mismos derechos, por lo cual convenia deponer á entrambos y elegir un tercero. Sostenia siempre que la Iglesia puede reformarse por sí misma en su jefe y en sus miembros, cuando el poder se encuentra dividido; que puede conservarse sin jefe visible, mediante sus relaciones con su jefe invisible. Ahora bien, como cada sociedad libre (segun la opinion de Aristóteles) puede deponer á un príncipe incorregible, lo mismo acontece en la Iglesia: puede reunirse por sí misma si su jefe se niega obstinadamente á reunirla; y definia el concilio «una reunion de toda la Iglesia católica, comprendiéndose todo orden gerárquico, sin escluir á ningun fiel que tuviese la voluntad de hacerse oír.» En esta república los simples sacerdotes debian de tener derecho de sufragio en el concilio.

No habiéndose presentado ninguno de los dos papas, se les privó de la obediencia que se les debia por contumaces, y se les substituyó con Pedro Filargio, arzobispo de Milan, que bajo el nombre de Alejandro V cerró el concilio. Elevado á esta alta categoría por su saber y habilidad, habia sido recogido mendigando en Candia por un fraile menor. Como obispo, decia, *he sido rico, pobre como cardenal, miserable como papa*. Era, en efecto, pródigo en liberalidades, pero le faltaba firmeza, y se dejaba engañar por el cardenal Cossa que no tardó en sucederle bajo el nombre de Juan XXIII (1410). La ocupacion del patrimonio de San Pedro por Ladislao, rey de Nápoles, impidió reunirse el concilio que habia convocado en Roma, y el emperador Segismundo le hizo á pesar suyo, que indicase á Constanza, ciudad imperial. Esta hermosa ciudad, situada en el punto en que el Rhin se separa del lago y sus verdes orillas forman un agradable contraste con las nieves de San Gall y de Apenzel, habia ya visto á los italianos reunirse una vez en ella para asegurar su libertad; el concilio que iba á abrirse no debia producir menos rumores y esperanzas que lo que produjo al fin del último siglo la asamblea nacional de Francia.

Además de tener que concluir el cisma, pedíase la reforma de otros muchísimos puntos. Las naciones se habian formado primero en rededor de los obispos, y de aquí procedió el poder absoluto de la autoridad eclesiástica, como la de un padre sobre los hijos que ha engendrado y educado. Una

vez que se constituyeron, que los territorios se reunieron y que nació el poder social, comenzaron á separarse de la tutela de la Iglesia para vivir con vida propia, y comprendieron que lo temporal podia estar separado de lo espiritual. Entonces se substituyeron sociedades particulares y diferentes á la que no tiene límites en el espacio, y á la marcha general los destinos parciales.

Las tentativas de Bonifacio VIII para reintegrar al papado la supremacia pontificia, hicieron nacer en toda Europa la envidia que procede menos de las violencias reales que del temor. Los reyes de Francia se libraron de ella teniendo al pontífice bajo su dependencia; y después en la época del gran cisma, la Iglesia se encontró impotente para regenerarse por sí misma. Tuvo que recurrir á la ayuda secular, y los príncipes, adhiriéndose á quien querian, hicieron sentir al pontífice la necesidad de su proteccion. Con el objeto de procurar partidarios los papas, prodigaron los privilegios; toleraron crímenes y usurpaciones, é injuriándose unos á otros, perdian aquello en que estaba su fundamento, la reputacion. Los símbolos perdieron su sentido una vez que la sociedad se hizo enteramente práctica, y los hombres observaron con disgusto aquella corte pontificia, que viviendo en el mundo, habia adoptado la licencia y las pasiones, y que adhiriéndose á la naturaleza de los gabinetes profanos, hacia de la religion un medio de gobierno, especulaba y traficaba con los títulos de reserva, las provisiones apostólicas, annatas, frutos intercalares, y otros semejantes. La depravacion de la corte de Aviñon, donde lo que era vicio en otra parte, parecia costumbre, y donde la impureza se asociaba á la perfidia y á la bajeza, habia hecho despreciar lo que en otro tiempo era venerado, y el espíritu de obediencia se perdía en los pueblos, al mismo tiempo que los pontífices abandonaban el espíritu de dominacion. Murmurábase contra la jurisdiccion eclesiástica, que se habia estendido de tal manera por la promulgacion de los libros VI y VII de las *Decretales*, después por la de los *Estravagantes*, constitucion que sentaba que toda clase de causas podia ser presentada al papa hasta en primera instancia. La disputa con los frailes menores habia privado á la Santa Sede de los que eran su firme apoyo; y cuando se vió condenar á personas piadosas cuya sola culpa era la pobreza, recordaron las doctrinas de Arnaldo de Brescia y de Wiclef contra las posesiones eclesiásticas, y la corrupcion que resultaba de ello.

Clero.—Es cierto que la depravacion era estremada. En el momento en que se trataba de abrir el concilio de Viena (1311), invitó el papa á los obispos á preparar memorias sobre los abusos que existian en la Iglesia, y sobre los medios de reformarlos. Nos quedan dos (6), la una del obispo de

(6) Ap. RAIN, 1311, núms. 55 y siguientes, y FLEURY libro XCI.

Menda, la otra, sin el nombre del autor. Quéjase este último, de que en Francia en los días de fiesta habia mercados y ferias, de que los tribunales estaban abiertos, y de que el día sagrado se pasaba en negocios, orgias y pecados. Los archidiaconos, los arciprestes, los deanes rurales, confian frecuentemente sus jurisdicciones á hombres despreciables é ignorantes, ó abusan de ellas para fulminar excomuniones por los más leves motivos; de lo que resulta que trescientas ó cuatrocientas personas en una parroquia están escludidas de la santa mesa, lo cual desacredita las censuras y provoca escandalosas declamaciones contra la Iglesia. Procede el mal de que se admiten al sacerdocio personas indignas por su ciencia y costumbres, por lo cual en muchas partes los eclesiásticos eran peor mirados que los seglares y los judios. Sacerdotes relajados llegan á Roma de todos los países para solicitar beneficios que obtienen, y los ordinarios se ven precisados á recibirlos; después, cuando se deshonran por una vida escandalosa, está prohibido á los obispos proveer sus iglesias en sugetos estimables, instruidos y útiles. En una catedral de treinta prebendas ha habido treinta y cinco vacantes en veinte años, y no ha provisto el obispo más que dos, las demás se han dado por Roma á los *postulantes*; y ya varios aspirantes están en expectativa de las vacantes futuras. Así es, que muchas personas que se dedicaban á ser clérigos, vuelven al siglo y se dirigen á los tribunales, indispuestos contra la Iglesia que los ha despreciado. En su lugar tiene para servirla, á extranjeros que no conocen la lengua del país, ó que residen en la corte de Roma; de lo que resulta que los bienes se disipan, los oficios son descuidados, y las intenciones del fundador eludidas. Acumúlanse sobre otros, beneficios, hasta doce en una sola persona, que bastarian para el sostenimiento de cincuenta ó sesenta clérigos instruidos. Después, cuando vaca una silla, con dificultad se encuentra un eclesiástico elegible en el clero de la diócesis; y si se hallara uno, los malos se opondrian á su nombramiento.

Después de todo esto el autor de la memoria habla contra la inconveniencia tanto de los trajes como el lujo de las mesas. Los canónigos, cuando están en el coro, hablan y se rien, ó se van á pasear, y no vuelven á su silla hasta el fin del oficio para recibir su retribucion. Los frailes abandonan también sus cláustros, para permanecer dos ó tres años en prioratos lejanos, otros frecuentan los mercados y las ferias, traficando como seculares y teniendo una conducta escandalosa; hay también algunos que reciben á los escomulgados en la Santa Mesa, bendicen los matrimonios ilícitos, niegan lo que deben á los obispos, que los dejan hacer más bien que recurrir continuamente á Roma.

Poco mejor es lo que espone el obispo de Menda. Exhorta á prodigar menos las exenciones que destruyen la necesaria subordinacion; á no